

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

Sobre el imaginario juvenil y la lectura de novelas

Extravagante, loca y hermosa: la imaginación

Utilizando una expresión propia de esas técnicas de mercado que hoy lo impregnan todo, se puede decir que los niños y los jóvenes constituyen una “clientela cautiva”, obligada –generalmente con poco discernimiento de su parte, y menos libertad– a recibir y consumir todo lo que los adultos inventamos para ellos: desde los programas escolares hasta los elementos para su diversión, en forma más de

cosas que de ideas. Hay que reconocer que siempre ha sido así, aunque en otros tiempos la oferta de cosas no fuese tan desmesurada, y que, en su relación con el mundo de los niños y de los jóvenes, el de los adultos ha pretendido, invariablemente, servirse de su poder para imprimir en el otro sus esquemas de pensamiento y conducta, y para transmitirle las destrezas y conocimientos más adecuados para mantener el sistema que, social e individualmente, considera aceptable.

En su relación con el mundo infantil y juvenil, el adulto nunca deja de erigirse en tutor aunque para interpretar ese rol se mezclen concepciones diversas, que incluso pueden

resultar contradictorias, ya que no tienen forzosamente que estar de acuerdo las actitudes de los padres, las del profesorado, las de quienes tienen la responsabilidad de los medios de comunicación, las de quienes fabrican y venden cosas y hasta las de los representantes de las instituciones civiles, religiosas y gubernamentales.

Sin embargo, en los designios de esa pluralidad de tutores hacia la “clientela cautiva” que constituyen los niños y los jóvenes hay un factor que siempre ha resultado de difícil control: me refiero

“Dejar libre la imaginación, la ‘loca de la casa’, y no digamos estimularla, ha sido históricamente piedra de escándalo e incluso fuente de terribles confrontaciones”

al problema de qué hacer con eso que llamamos “imaginación”, la “facultad del espíritu por la que pueden representarse cosas reales o inexistentes, materiales o ideales” que, desde el mundo clásico, ha sido en general considerada “maestra de error y falsedad”, una especie de sueño de la razón que, si no engendra directamente monstruos, es por lo menos lo suficientemente errática, inestable e imprevisible como para que el mundo adulto, cuando la relaciona con el mundo infantil y juvenil, sienta hacia ella fuertes sospechas.

Dejar libre la imaginación, la “loca de la casa”, y no digamos estimularla, ha sido históricamente piedra de escándalo e incluso fuente de terribles confrontaciones, y no es preciso, para demostrarlo, remitirse a los orígenes de la lucha por la libertad de pensamiento. El prejuicio es ya viejo en el mundo de los libros. La prevención ante la imaginación en libertad aparece incluso como tema de fondo de la obra inmortal de



la novelística española. El Quijote, a quien llevan al delirio los ensueños que suscita en su imaginación la lectura de ficciones, y cuya dudosa ejemplaridad permitió que el libro lograra sobrevivir en un país como el nuestro, con tantos prejuicios hacia las ficciones literarias, donde a finales del siglo XVIII se llegó a prohibir la circulación y venta de novelas, acusándolas de estragar el gusto de la juventud.

El prejuicio no era sólo español, pues nobles moralistas franceses de ambos sexos, en aquel tiempo ilustrado, han dejado por escrito su testimonio desfavorable a la lectura de libros de tema fantástico, motejándolos de ficciones extravagantes, capaces de descarriar la imaginación de la infancia. Y me atrevo a señalar que, con parecido espíritu en el diseño del autor, el gusto por las ficciones lleva a madame Bovary a ver su entorno cotidiano como una sima de mediocridad, de la que intentará apartarse mediante engañosas fantasías, para encontrar solamente la perdición y la muerte.

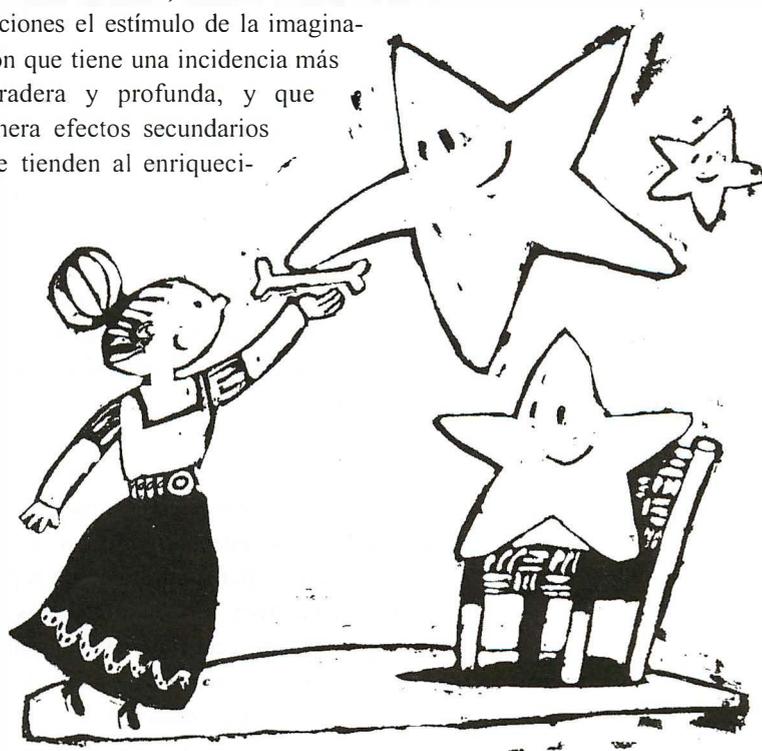
En esta línea de desconfianza hacia la imaginación, hay que recordar las doctrinas positivas que marginaron lo fabuloso y lo fantástico como intelectualmente deleznable. Es contemporánea nuestra la época en que se consideraba por lo menos dañino el acceso de la infancia a los cuentos de hadas tradicionales, hasta que Bruno Bettelheim probó su utilidad para liberar al niño de la angustia que le produce la insoslayable necesidad de su adaptación al mundo adulto. Y aún más cercano –mayo de 1968– el tiempo en que una pintada subversiva decía “la imaginación al poder”.

A juzgar por el tipo de historias que suelen aparecer en los medios audiovisuales, factor íntima y comercialmente relacionado con muchos de los juguetes que tienen los niños de hoy, parecería que últimamente los caminos de la imaginación están mucho más abiertos. Sin embargo, lo que suele predominar entre la algarabía maniquea de monstruos y seres más o menos “tolkienianos” y la violencia feroz y destructiva con que resuelven sus diferencias, no es el estímulo de una imaginación activa y creativa, sino el de una actitud receptiva y consumidora.

La culminación del imaginario infantil de nuestra época son esas “Disneylandias” en que la técnica moderna del entretenimiento sustituye cualquier tipo de ensueño mental

por un espectáculo físico, material y palpable. Y es que parece que, hoy día, no se puede concebir el cultivo de la imaginación sin objetos sofisticados y espectáculos costosísimos, aunque se trate de una imaginación de usar y tirar, una imaginación que se despierta solamente mientras asiste al simulacro que se desarrolla frente a los ojos del espectador.

Como sabemos, todavía es la lectura de ficciones el estímulo de la imaginación que tiene una incidencia más duradera y profunda, y que genera efectos secundarios que tienden al enriqueci-



miento de las primeras sensaciones recibidas. Y, a pesar de los augurios pesimistas de quienes piensan que nuestra sociedad deriva hacia una especie de analfabetismo funcional generalizado, donde se leerán cada vez menos libros –y, ciertamente, algunas estadísticas sobre el asunto producen consternación– parece evidente que el interés por los libros y por la lectura de novelas es en España superior al de hace tres o cuatro décadas, cuando además no existía la fuerte competencia de la televisión.

Por otra parte, ha desaparecido la desconfianza y la hostilidad que la lectura de novelas suscitaban en muchos profesores –y no solamente entre los eclesiásticos, que consideraban nefasto el llamado “vicio de leer”– y aquella actitud restrictiva y huraña va siendo sustituida, en general, por otra que, más allá de la tolerancia, llega a militar a favor de la lectura, incluso a costa del esfuerzo personal de los propios profesores, pues los programas de la enseñanza, duros y

lentos de contenidos estrictamente académicos y memorísticos, no dejan resquicios en el tiempo lectivo para tratar la lectura de ficciones como un elemento autónomo para la formación verdadera y profunda del alumnado.

Sin embargo, y pese a la conciencia bastante extendida de la necesidad de una temprana iniciación en el proceso de la lectura de ficciones literarias, sobreviven todavía actitudes que recuerdan la tradicional desconfianza hacia la pura imaginación. Como si, bien sujeta al subconsciente de muchos educadores, permaneciese vigente la vieja idea de que el fin de cualquier distracción que se ofrezca a los más jóvenes es “instruir deleitando”, lo que resultaría el reducto de aquella vetusta concepción utilitarista de la literatura, según la cual ésta debía cumplir la triple función de ser “imitación de la vida”, “espejo de las costumbres” e “imagen de la verdad”.

Y es que, aunque se oye hablar hasta el tópico del “placer de leer”, como uno de los objetivos a despertar en los jóvenes lectores de ficciones, se puede comprobar que, en muchos casos, y por supuesto desde la perspectiva educativa institucional, tras esa expresión siguen acechando los viejos ángeles custodios que siempre han intentado prevenir los posibles desmanes de la imaginación libre de ataduras. Así, no es extraño que los mismos que aluden a tal placer –acuñando sin duda una frase hecha– digan también echar de menos una literatura que, dedicada a los niños y a los jóvenes, plantee “problemas de hoy”, “asuntos relacionados con la realidad”, etcétera, quejándose de un “escapismo” que sería la señal común de muchos de los libros de los tiempos que vivimos. Y es que, a pesar de todo, sigue bastante viva la idea de que la literatura es algo subsidiario, al servicio de lo que se entiende como *realidad*. Y no se valora primordialmente –como debiera hacerse– lo que la literatura lleva consigo de pura capacidad de embeleso, de posibilidad de introducir al lector en un tiempo que no sea el de cada día, y en mundos que sólo vibren en su imaginación desde

las páginas que va hojeando con atención fervorosa.

Sin embargo, es preciso señalar que leer una novela, sea cual sea su contenido, es siempre salir de nuestro tiempo para entrar en otro tiempo diferente. Y es desconocer la naturaleza profunda de lo novelesco exigir que aquel “otro tiempo” deba estar marcado forzosamente con las señales de este. Embelesarse en la lectura de un libro es entrar en otra dimensión de los sentidos, en otro mundo de la percepción. Parafraseando a Mircea Eliade, cuando habla del tiempo histórico y del tiempo no histórico, leer una novela nunca es escapar, de igual modo que no lo son otras actividades capaces de embelesarnos, como la oración o el amor, que para el autor que cito son formas de salir del estricto “tiempo histórico”, y de acceder a ese “tiempo mítico”, que también nos pertenece y conforma nuestra condición, aunque no guarde estricta correspondencia con el que marcan los relojes.

Insisto en que el embeleso de la lectura no es un “escapismo”, y si definiendo que la iniciación a la lectura debe comenzarse antes de la pubertad, es porque creo, y lo he afirmado en otras ocasiones, “que sólo desde la ingenuidad absorbente y estupefacta del lector inocente y sin prejuicios, el que sigue los argumentos con emoción, pueden establecerse las bases de un buen lector adulto... el niño lector suele convertirse en adulto lector de modo natural y sin necesidad de lecturas programadas, mientras que es difícil iniciar a la lectura de ficciones a quienes, con la pérdida de la infancia y el acoso de poderosas desazones y urgencias, han perdido también la disponibilidad generosa de creer en lo maravilloso”.

Lo cierto es que el embeleso en la lectura no es una huida, sino el acceso a un mundo diferente del cotidiano. Está de más decir que, generalmente, dicho acceso nos

“Lo que suele predominar entre la algarabía maniquea de monstruos y seres más o menos ‘tolkienianos’ y la violencia feroz y destructiva con que resuelven sus diferencias, no es el estímulo de una imaginación activa y creativa, sino el de una actitud receptiva y consumidora”

va enseñando a comprender mejor el mundo cotidiano, a verlo desde una perspectiva que nos lo presenta con mayor claridad. Pero esa interrelación con la que pudiera llamarse “realidad de la vida” no es

imprescindible para hacer de la lectura de ficciones novelescas una de las experiencias más ricas entre las que podemos disfrutar los humanos. Y debo insistir en que esa lectura libre, de

*“Que sólo desde la ingenuidad
absorbente y estupefacta del lector
inocente y sin prejuicios, el que sigue los
argumentos con emoción, pueden
establecerse las bases de un buen lector
adulto”*

libros libremente escritos, es fruto de una cultura que, a lo largo de muchos años, luchó por conseguir, entre otras, tal libertad. Pedir que las novelas “estén al servicio de la realidad” no deja de recordar viejas consignas y designios autoritarios. Además cuando en un libro hay verdadera calidad literaria, a la ficción que alberga se une una significación simbólica que acaba convirtiéndolo en un elemento más de la realidad cotidiana.

El espacio novelesco: un encuentro frontal

Naturalmente hay novelas mejores y novelas peores, e incluso se puede afirmar que, en demasiadas ocasiones, los editores publican novelas deleznable. Pero su calidad literaria –y la fascinación que puedan suscitar en el lector– no está directamente relacionada con el asunto de que traten, y el hecho de que el autor haya pretendido reflejar en su obra algún aspecto concreto de la realidad social no es ninguna garantía previa de calidad ni de interés. Hay que procurar que los niños –y los jóvenes– lean libros interesantes, pero debe ponerse la calidad literaria de los textos por encima de cualquier otro criterio de selección. Los aspectos de la llamada realidad objetiva están en los periódicos, en los medios de comunicación, como un flujo continuo fácilmente accesible, cuya familiaridad debe coexistir con la lectura de novelas, sin pretender que estas se atribuyan el papel que corresponde a aquellos medios.

Sin embargo, el tema que sigue planteado es el de saber por dónde va el interés de los niños, y más concretamente el de los jóvenes. En este aspecto, por factores de tipo social y familiar –pero, de modo especial por motivos relacionados con el carácter, las inclinaciones y los deseos de cada uno– no todos los jóvenes tienen la misma

actitud hacia la lectura de ficciones y hay muchos que la ven con un esfuerzo penoso, de naturaleza similar al resto de las obligaciones escolares.

Pensando acaso en esa mayoría de

jóvenes renuentes a la lectura, algunos proponen de buena fe que los autores escriban novelas que, tratando de los problemas que se supone que atraen principalmente la atención de los jóvenes, puedan interesarles y convertirlos en lectores dejando aparte lo aleatorio de determinar seriamente tales campos de interés –y en el supuesto de que tuviesen enjundia novelesca–, parece bastante difícil poder realizar, desde presupuestos realmente creativos, ese tipo de literatura “a la carta”. Así, en lugar de pretender inventar una literatura específica, ¿por qué no intentar que los jóvenes menos interesados en la lectura, conecten con ella a través de géneros que, como el fantástico o el policíaco, han acreditado suficientemente su capacidad para despertar la atracción popular? El mundo de la literatura es amplio y variado y en esos géneros tan menospreciados académicamente se pueden encontrar excelentes libros –y bastantes obras maestras– con suficiente diversidad de temáticas y estilos como para despertar la atención de lectores de muchas clases.

Por otra parte, no parece disparatado pensar que los autores que pretenden conseguir, ante todo, obras de calidad literaria no piensen en el mal lector como destinatario de su trabajo, sino en el bueno. La iniciación a la lectura de obras de ficción no puede ser responsabilidad de los autores, sino de los pedagogos. Y aunque es indudable que cualquier libro puede servir para enseñar los rudimentos de la lectura –siempre que respete las reglas elementales de la sintaxis y la ortografía–, para incitar a la lectura de ficciones, deben utilizarse libros que tengan entidad y belleza literaria, de modo que el lector incipiente encuentre, desde el principio de su experiencia, textos que le animen a continuar, es decir, que sean atractivos y no endebles, insípidos o vacuos.

En cualquier caso no parece necesario que el contenido de los libros deba acomodar



darse a las circunstancias históricas y sociales del joven lector, para que éste encuentre en ellos entretenimiento, placer y un incentivo para su imaginación. Los elementos clásicos de la ficción –espacios, personajes y peripecias– pueden presentar formas muy distintas, pero las posibilidades de atracción son también plurales, aunque el gusto vaya inclinándose, según los tiempos, por unos u otros temas.

Por ejemplo, en lo que se refiere a los espacios novelescos, en las novelas se pueden encontrar trazados con suficiente verosimilitud pero permitiendo siempre la personal recreación e interpretación del lector, mundos y territorios que presentan épocas del pasado histórico o momentos de un posible futuro, o un panorama en que conviven los ámbitos geográficos y sociales tan distintos como extensos en que se cumple el drama humano, haciendo compartir mediante la lectura las vicisitudes de unos personajes concretos.

Tales personajes, los héroes y heroínas de las novelas, son elementos fundamentales para exaltar la imaginación del joven lector a través del proceso psicológico de identificación o de rechazo, sin que además deje de ofrecerse, en el mundo novelesco, un abanico tan amplio de caracteres, comportamientos y experiencias, que acaso un buen lector a lo largo de su vida, no conozca gente tan interesante como la que ha conocido en los libros.

Por último las tramas de la novela son otro de los factores sustantivos para nutrir la

imaginación lectora, y aunque los viejos arquetipos sigan siempre presentes en las nuevas aventuras, lo cierto es que el seguimiento del desarrollo de la trama se convierte en un viaje que hace algunos libros tan inolvidables como un viaje verdadero, intenso y excitante.

Llegaría por fin el momento de preguntarse a quién compete la tarea de formar a los jóvenes lectores. Desgraciadamente, en la casa familiar acecha el monólogo de ese narrador unilateral que es la tele, y es difícil –aunque una minoría de las familias no respondan a los mismos estímulos, ni sigan las pautas de la mayoría– adquirir el hábito de la lectura frente a tan poderoso narrador. Por eso, la respuesta debe señalar forzosamente al sistema educativo, y el momento mejor, aquel en que niños y niñas no han entrado decididamente en la pubertad.

Sin embargo, para afrontar dicha tarea con posibilidades de éxito hay que conseguir un cambio conceptual que abandone la consideración de la lectura de ficciones como algo instrumental, al servicio de la enseñanza de la lengua o como un puro complemento –por muy noble que sea– de la formación del alumnado en otras materias. Pues aunque de la lectura resulten tanto beneficios formativos y culturales, su objetivo fundamental no está en tales beneficios, sino en su propia, habitual y tranquila ejecución.

Siendo uno de los factores más poderosos para la construcción y consolidación de un imaginario sólido, propenso a suscitar la independencia de criterio y la relativización de los absolutos, el fomento de “la lectura, por la lectura” debería ser –en un mundo donde se van imponiendo cada vez las actitudes acriticas y donde proliferan, en todas las culturas, los fundamentalismos ciegos y las formas de escape más alienantes y anquiladoras– un elemento imprescindible de los programas escolares, dejando definitivamente atrás esa visión utilitarista, falsamente tuitiva, que históricamente ha intentado ponerle frenos a la imaginación. ☒

José María Merino

Tomado de: *República de las letras*. Octubre-97. Nº 53

Ils. de Enrique Flores tomadas de: *El Maravilloso Mundo de los Cuentos*. Madrid: Anaya, 2000